

Muerte, guerra, gritando; guerra dura
Al humano linaje. Guerra, estrago
El Averno resuena:
¡Ois, ois? Ya hiera el aire blando
De las falanges el fragor infando,
Huyó la blanca paz: Mavorte fiero
Los pendones alzó, y tembló la tierra
Bajo el pié ensangrentado.
La atroz Parca blandiendo la guadaña,
Entre hondívago polvo un pueblo entero,
Y mil y mil en el sepulcro encierra,
Sonó la trompa, y de metal armado,
Ardiendo en impia saña,
Fiero homicida de su propio nombre,
Contra el hombre la espada esgrime el hombre.
Entre armiseno horror fallece yerto
Del dulce amor el reino delicioso.
¡Cuántos frutos sagrados
De cándido himeneo hundió en la nada
El tremendo cañon! Su vigor muerto,
Yace el orbe en silencio pavoroso.
Allí fué la ciudad; á Jehová alzados
Templos aquí; la espada
Esta vega asoló: tiernos frutales
El bronce, ardiendo allá, tornó eriales.
Así en la inculta Libia, nunca hollada
De humana planta, en arenoso suelo
Huesos mil amarillos
Rugiendo el bruto fiero desparciera.
A do jamas natura engalanada
Su tesoro mostró, la vida el cielo
Derramó de su luz, en tñernos brillos
Sonrosando la esfera,
¡Ah! sí: que, humano, el hombre anima el mundo,
Y el hombre lo devasta furibundo.

VI.

CÁNTICO DE JOSUÉ.

A Jehová por la victoria de Ayalon.

Cantemos á Jehová. Su heróico hecho
De Ayalon en el llano
Mi labio ensalzará. Los altos sones
A Jehová entona el inflamado pecho.
Su brazo soberano,
Y de Jacob los inclitos varones,
Cuál la estirpe insurgente
Perdieron de Canaam, y el nombre insano
Mi acento llevará de gente en gente.
Habló el Potente, y, á su diestra alzada,
En Jericó los muros
Cayeron: cayó Haí. La mano amiga
Nos tendió Gabaon. Salem turbada
Lo oyó, y los pechos duros
Contra aquel pueblo generoso instiga
De sus ímpios guerreros:
«Venid, dijo á los príncipes impuros,
En Gabaon vibremos los aceros.
»Vibremos, y caerán. Mi invicta lanza
De Canaam la gloria
Rebatará á Jacob. Sús: los despojos
Dividid.» Señor Dios, tú su venganza
Serás; en tu memoria
Está Israel. Te alzaste; en sus enojos
Ardiendo aquel impio
Te vió, y tembló. En tu diestra la victoria
Llevas, y en tu siniestra el poderio.
Los cielos se inclinaron: los querubes
Son su cuadriga ardiente,
Sus desplegadas alas raudo viento.
En densa niebla y fulgurantes nubes
Veló la angusta frente,
Que sus llamas enciende al firmamento.
Se paró; y retemblaron
Las altas cumbres; bajo el pié fulgente
Los Amorreos montes se encorvaron.
Airado está Jehová. El Poderoso

Contra Ayalon su ira
Fulminó: allí del asta centellante
Lanzó el rayo en fragor estrepitoso.
En torno el muro gira
El sañoso escuadron. Dijo arrogante
Su rey: «Venid, perdamos
La insana grey que contra nos conspira:
Fió en Jacob; su nombre destruyamos.»
De Lahú allí vinieron iracundos
Los fuertes: sus pendones
Alzó Faran, y los que el monte Albeo
Poblaron: en su encono furibundos,
Los eglonios varones,
Con ellos se juntaron. Del hebreo
Jehová es salud: armado
Su brazo prepotente las naciones
Soterra, y frena el orbe prosternado.
Habló á su siervo: «El brazo tiende ¡oh! tiende
La diestra vengadora
Contra Salem y Hebron: en sus depojes
Saciarse mi pueblo. Vibra, enciende
El asta asoladora:
Sus frentes hollarás, en mis enojos
Lo juré, Yo el Eterno.
Mi nombre es Jehová; mi faz adora
El encumbrado cielo, el hondo averno.»
Erguido el duro cuello, el insolente
Vió de sus pabellones
La gloria, y dijo necio: «A la mañana
Embrazará mi diestra el arco ardiente.
Subiré mis bridones,
Sus muros hollará mi planta ufana.»
Súbito el nuevo día
Nació: allí de Farán los escuadrones
Vi postrados; en Beth Eglon yacia.
Cayó Tafia. ¡De Oham dó la fiereza
Está? ¡Dó los guerreros,
Los valientes de Enac? Cual débil humo
Raudo aguillon, de Hebron la fortaleza
En bélicos aceros
Israel dispó. Del cielo sumo
En lluvia horritonante
Los combate Jehová: sus dardos fieros
Granizó el alta diestra fulminante.
Vibró, y ardieron cual arista seca
Ante la llama avara.
¿Quién sube por Bethóron? Los robustos
De Salem vi turbados en Azeca,
Y dije: «¡qué! ¡salvará
En su seno la noche á los injustos?»
Alcé la voz, y atento
El sol me obedeció: su giro pára
La luna, y oye mi imperioso acento.
¿Quién semejante á tí? Tú hablas venganza:
¿Quién como tú valiente,
Santo, eterno Jehová? De tu alma gloria
Los cielos dan laor. Tú la pujanza
Postraste, y dura frente
De Canaam. ¿Quién al sol en tu victoria
Detuvo? En la alta esfera
Lo frenara tu brazo altipotente,
Cual fogoso bridon en su carrera.
Lo oyeron las naciones y saltaron
De pavor. Desfallece
Jabin; resonó en Dor el eco horrible.
En su encono los pueblos se juntaron
Contra Israel, y crece
Cual llamas su maldad. Mas el Terrible
De su airado semblante
Lanzará presto el rayo, que estremece
A su estruendo la esfera vacilante.
El lo juró con eternal acento,
Cuando el brazo extendido,
En Babel dividió la humana gente.
En medio la ancha tierra eterno asiento
A su pueblo escogido
Señaló: allí su diestra omnipotente
Los pondrá, y las naciones,
En torno el almo nombre esclarecido,
Entonarán en métricas canciones,

DON CRISTÓBAL DE BEÑA.

APUNTE BIOGRÁFICO.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

BEÑA era hombre culto é ilustrado y de excelente trato. Se habia formado como literato en la escuela del siglo xviii. Hablaba con perfeccion el inglés y el frances. Cuando el escoces Downie organizó la *Legion* llamada de *Leales Extremeños* (1811), nombró capitan y secretario suyo á BEÑA, á quien habia conocido en Cádiz. Escribió éste en algunas obras periódicas con los Carnereros (don José y don Mariano) y con el médico Moya Luzuriaga, bajo la direccion de Capmany.

Era fácil y gallardo versificador, y en prueba de ello citaré una epistola suya, en cuartetos esdrújulos, de la cual recuerdo todavía algunos versos. Sanchez Barbero escribió por los años de 1806 un soneto insultante contra el Conde de Haro, despues Duque de Frias (1); con ocasion de lo cual, se dijo en Madrid que el ofendido habia hecho castigar al insolente escritor. BEÑA, amigo particular del Conde, escribió una epistola burlesca, que empieza de este modo:

Salve, de Juvenal docto discípulo,
Salud, alumno fiel del cantor Apulo,
Á quien las musas tejen ya sollicitas
Verdes coronas de laurel Castálido.
¡Guerra al audaz! Juremos, sabio crítico,
Talar entre los dos su imperio alárbico,
Que yo, para embestir á aquestos miseros,
Que tremoláras, esperaba, el lábaro.

Contra cierto señor de grandes títulos,
Y de glorioso tronco digno vástago,
Osó escribir con furia de frenético

(El Duque de Rivas dictaba estos versos en 1864, esto es, un año ántes de su muerte. El ilustrado anciano no recordaba otras estrofas relativas á aquella anecdota, testimonio de la aspereza de las costumbres á principios del siglo actual.)

BEÑA, emigrado en Lóndres, publicó allí un tomo de poesías medianas, titulado *La Lira de la Libertad*, 1831.

Era ante todo repentista.

(1) Nuestro amigo el señor don Ramon de Mesonero Romanos conserva, entre sus papeles curiosos, una copia de este aciago soneto, hecha de mano del don José Maria de Carnerero. Empieza así:

Coplas infames, cual pudiera un vándalo.
Y el tal señor, ardiendo en justa cólera,
Envié media docena de sus fámulos
Que, al ritornelo de la afrenta métrica,
Le tocasen la solfa al uso arábigo.

No altivo muestres más tu frente herética,
Ni con tus versos des nuevos escándalos;
Que para confundir tu musa bárbara,
Le sobran á mi musa diez-mil dactilos.....

Grandísimo de España, Conde de Haro,
Etc.

El soneto no es para publicado.

(Nota del Colector.)

POESÍAS.

MEMORIA DEL DOS DE MAYO.

CANCION.

*Tum vero manifesta fides, Danaumque patescunt
Insidiae.....? Quis funera fando
Explicet, aut possit lacrymâ equare furorem?*

(VIRGILIUS.)

(1812.)

*¿Quién reprime su enojo y su llanto,
Recordando aquel funebre día,
Que la noche con cárdeno manto
Empapado de sangre cubrió;
Cuando Mantua sus hijos veía
Oponer á la bárbara gente
La desnuda, la impávida frente,
Que al tirano del orbe arrodó?*

Cien falanges de acero cubiertas,
Avezadas al pérfido halago,
No creyeron que frágiles puertas
Abrigasen valor sin igual;
Y sedientas de ruina y estrago,
De su rostro la máscara tiran,
Y las calles frenéticas giran,
Esgrimiendo el oculto puñal.

Mas el pueblo la trompa guerrera
Y el fusil, impertérrito, escucha,
Que sus pechos en súbita hoguera
Encendió la feliz libertad.

Donde quiera se traba una lucha,
Ni dan ayes las vírgenes vanos;
Todas arman las candidas manos,
Todas gritan: ¡Valientes, matad!

Yace allí el opresor oprimido,
Allí el joven intrépido yace,
Que de plomo randísimo herido,
Libre pudo y vengado morir;
Muere, sí; y en su muerte se place,
Cuando mira que al vándalo fiero,
Ni le salva su cota de acero,
Ni sus artes le pueden servir.

Se redoblan los golpes y heridas;
Más y más el estrépito crece,
Y allá dejan las inclitas vidas
Los que en oro su nombre tendrán;
El tronar del cañon ensordece,
Y arde el aire con rápido fuego,
Y los bronce, aun cálidos, luégo
Nuevas muertes de sí lanzarán.

Todo es sangre y horrores y muerte,
Todo es armas y bélico estruendo,
Que al cobarde, al inválido, al fuerte,
Armas puso en la mano el furor.
¿Mas cuál ruido percíbese horrendo
Tras dolosa pacífica calma?
¿Qué gemido tristísimo el alma
Va cubriendo de yerto pavor?

¡Ellos son! ¡Ellos son! Ya murieron,
Desarmada la intrépida diestra;
Ellos ¡ay! los que indómitos dieron
Alto ejemplo de ilustre teson.
La victoria es, oh mártires, vuestra;
Que oyó el hecho, y atónita España
Se aprestó con magnánima saña,
Y arboló de venganza el pendon.

De su sangre con largo tributo
Desde entónces el vándalo paga
Llantos, muertes y huérfano luto,
Que aquel día miraba Madrid.
Ni, una vez encendido, se apaga
El volcan de esta cólera justa,
Y si á esclavos un déspota asusta,
Teme á un pueblo que corre á la lid.

*¿Quién reprime su enojo y su llanto,
Recordando aquel funebre día,
Que la noche con cárdeno manto
Empapado de sangre cubrió?*

SONETOS (1).

I.

Improvisado con piés forzados.

Á NAPOLEON.

Más vano que Jusef y *Abenamar*,
Colgar quisiera al orbe del *menique*,
Bonaparte, con cuerpo de *alfenique*,
Traidores ojos, cara *verdemar*.
Pero aunque logre al diablo *desatar*,
Aunque sus malas mañas *alambique*,
Aunque de fiero y valenton se *pique*,
Y aspire el universo á *trastornar*;
Yo su furor vandálico no temo,
Pues nunca comerá manchego *arropo*,
Aunque llegue su audacia hasta el *extremo*;
Que aunque boga con fuerzas de *ciclope*,
Si el viento de fortuna quiebra el *remo*,
Su nave hundida mirará hasta el *tope*.

(1809.)

II.

Improvisado en Cádiz, al ver la primera moneda que llegó á aquella ciudad con la efigie de José Bonaparte.

De las Españas y las Indias rey
Se titula en su busto el baladron,
Por llamarse no más Napoleon,
Y mandar de asesinos una grey.
Mas quiebra de verdad la eterna ley
En darse ese dictado fanfarron,
Pues no le pertenece ni un terron
De los que arando rompe el tardo buey.
No importa, no, que pérfido cincel
Una en su escudo el águila imperial
Con los leones que se burlan dél,
Y con la insignia de Aragon fatal;
La patria mia borrará con hiel
De union tan execrable aun la señal.

III.

Improvisado, al ver un retrato á la aguada de la señora Condesa vinda de Tili-Serclaes, en 1812.

Apura tus deseos, amor,
Si este traslado llegas á mirar

(1) El Duque de Rivas conservaba en la memoria este soneto y los dos siguientes. Fueron dictados al Colector por el Duque mismo.

De la que tantos celos puede dar
A la divina madre del Amor.
¿No ves del rostro el célico esplendor,
De los ojos la gracia singular,
La dulce boca que convida á amar,
Y del seno blanquísimo el primor?.....

Mas ¡ay! la superficie del papel
No te la ofrecerá como la vi
Cuando prestó sus gracias al pincel.
Ten, sensible amator, piedad de tí,
Besa el retrato y gózate con él,
Y huye de la Condesa de Tili.

FÁBULAS.

I.

LA ESCALERA DE MANO
Y EL FAROLERO.

Cierta noche, ya á deshora,
En su cuarto un farolero
Escuchaba grandes voces,
Cuando él solo estaba dentro.
Levantóse de la cama,
Juzgando que fuese sueño,
Pero cada vez más claros
Oía distintos ecos.
¿Cómo no había de oírlos,
Si estaban muy descompuestos
De su escalera portátil
Los escalones riñendo!
Paróse absorto á escucharlos,
Y entendió que los primeros
A los últimos decían:
«Vosotros sois los plebeyos,
Que nosotros por más nobles
Ocupamos alto puesto.»
Riéndose los de abajo
Respondían: «¡Bueno es eso!
¿Pues de la misma madera
No hemos sido todos hechos?
— Ya, reponían los otros,
Mas, porque sucios no estemos,
Siempre el amo sus zapatos
Limpia en vosotros primero.
— Si no fuéramos nosotros
De esta máquina sustento,
Los últimos replicaban,
No hablaríais así soberbios,
Porque seríais tal vez
Carbon destinado al fuego.
— Dispúsole la fortuna,
Contestábanles aquéllos,
Y siempre sobre vosotros,
Mas que os pese, estar debemos.»
De tan fútil arrogancia
Indignóse el farolero,
Y acercándose al rincón,
Y la escalera cogiendo,
Puso lo de abajo arriba,
Y les dijo: «Caballeros,
A dormir; que en adelante
Han de ser, voto á mi abuelo,
Los que eran primeros, últimos,
Y los últimos, primeros.»

Cada clase un escalon
En las repúblicas es;
No se olvide el *papelon*
De la escalera al revés
En cualquier revolucion.

II.

EL LOBO, EL GATO Y LA VIEJA.

Cierta vieja con esmero
Criaba un loro y un gato,
A qué grande zalamero,

Pero éste de esquivo trato,
Si bien cazador certero.
Deseoso de lograr
Ser en todo preferido,
Trató el loro de halagar
A su señora el oído
Con un inútil charlar.
El gato, muy al revés,
Jamás á su dueña hablaba,
Mas dos á dos, tres á tres,
Los ratones atrapaba,
Poniéndolos á sus piés.
En un tiempo que en ratones
La casa todita hervía,
La vieja mil expresiones
Al útil gato le hacia,
Celebrando sus acciones;
Pero el lorito, no obstante,
Siempre sus delicias era,
Y á su jaula iba al instante
Cuando venía de fuera,
Y le llamaba su amante.
Porque habiendo él observado
Que su flujo era la edad,
La decia descarado:
«Ama mia, ¿no es verdad
Que á los treinta no has llegado?»
Y con esto y con gritar
Siempre que habia visita,
«No hay dama que en el lugar
Con mi señora compita»,
Llegó su afecto á ganar.
Así que, para él buscaba
La vieja lo mejorcito;
Todo al loro se le daba,
Todo era para el lorito,
Y el gato de hambre rabiaba.
De modo, que el pobre, al ver
Cuán de poco le servia
Limpia la casa tener,
Y que nada merecia
Su servicial proceder,
De la casa se fugó,
Ya apurado el sufrimiento;
Mas de ratones se vió
La casa llena, al momento
Que el gato de ella faltó.
La vieja su chocolate
Cien veces halló roído,
Que ni arcon ni escaparate
Le tenía guarecido
Del ratonil alicate.
Y aunque el loro se ofreció
A remediar aquel daño,
Ni un raton pillar logró,
Ni le pillara en un año,
Que á charlar sólo aprendió.

Si aprecio siempre se hiciera
Del hombre trabajador,
Y ensalzado no se viera
Tanto vil adulador,
Más la sociedad valiera.

III.

EL MOCHUELO Y EL TOPO.

Todo el mundo sabe
Que el mochuelo tiene

Brillantes ojazos
Azules y verdes;
Pero nadie ignora
Que la luz le ofende,
Que ama las tinieblas,
Que por ellas muere,
Y es de día ciego,
Y de noche duende.
Cierta pajarraco
De esta odiosa especie,
Tuvo con un topo,
De ojos harto breves,
Razones muy serias,
Debates muy fuertes.
Una madrugada
Antes que de Oriente
La risueña aurora
Las puertas abriese,
Defendía el topo
Que todos los seres
Cuando el sol asoma
Se ponen alegres;
Que la luz es madre
De todos los bienes,
Y que al claro día
Nada se parece,
Que vida y colores
Al mundo le vuelve.
La opinion contraria
El otro sostiene,
Diciéndole al topo:
«Y á usted, quién le mete
En hablar de cosas
Que apenas entiende?
Si naturaleza
Dado á usted hubiese
Los ojos rasgados
Que adornan mi frente,
Vaya..... ¡mas si apenas
Tiene con qué verme!
Sepa el señor mio
Que la noche excede
Con mucho á ese día
Que alaba sin verle.
La noche al reposo
Convida y previene,
Trabajos y afanes
A la luz suceden,
Y.....» Ya tras el alba
Sacaba esplendente
Su carro encendido
El sol, como suele,
Y al triste avechuelo
Sus rayos le hieren,
Y en un tronco hueco
Procura esconderse.
Pregúntale el topo:
«Compadre, ¿qué tiene?»
Mas él sin respuesta
La espalda le vuelve.
Cuál sea la causa
El topo comprende,
Y del embustero
Vengarse bien quiere;
Pero aunque á sus ojos
No la luz ofende,
Fáltale soltura,
De vigor carece,
Y así cabizbajo
Va á buscar su albergue,

Donde se encuentren á miles
Hombres, como el mochuelo, que serviles
Huyan de la ilustración,
Muy bien pueden los topes liberales
Dejar de ser tan topes animales,
O dejarse poner el albardón.

IV.

LAS ABEJAS Y LOS ZÁNGANOS.

En un valle frondoso
Tenía su morada
Cierta enjambre de abejas bullicioso,
Que llegó á ser república ilustrada.
El ocio y la pereza,
Sesudas, proscribieron,
Y al ver que la abundancia y la riqueza
Siempre los pasos del afán siguieron,
Del cáliz de las flores
Solicitas chupaban
La esencia y fragantísimos olores
Que artificiosamente trabajaban;
Y todas á porfía
La obligación cumpliendo,
Sin perdonar trabajo noche y día,
Iban de cera y miel su valle hinchiendo.
Entre ellas admitidos,
Y un tiempo respetados,
Por ser de alas más luengas revestidos,
Los zánganos vivían descansados.
Iguales en figura,
Si en porte desiguales,
Para tener, sin trabajar, hartura,
Supieron darse tonos magistrales;
Y así entre ellos se usaba
La vil hipocresía,
Que aquel que más de sobrio se jactaba,
Ese mayor porción de miel comía.
Un tiempo las abejas
Sufrieronlos prudentes;
Mas como todo se volviese quejas,
Y fuesen cada vez más insolentes,
Por fin determinaron
Hacer varios decretos,
Y como ley eterna promulgaron
Que todos al trabajo están sujetos.
Los zánganos mamones
Ni de esto hicieron caso,
Mas ellas, esgrimiendo sus rejonos,
Los echaron del valle más que á paso.

Si en esta sociedad, en que vivimos
Tantos zánganos hay perjudiciales,
¿Por qué con tal estupidez sufrimos
Coman sin trabajar nuestros panales?

V.

EL ESCOPLA, EL MAZO Y EL CARPINTERO.

En el banco de un pobre carpintero
Disputa reñidísima trabaron,
Sobre cuál á su dueño era más útil,
El escoplo cortante y boto mazo.
Decía aquél, que á su invencible filo
El más grueso tablon no era embarazo,
Rompiendo hasta los nudos resinosos,
Y al filo por doquier abriendo paso.
Replicábale el otro con cachaza,
Que si él no diese el golpe necesario,
De poca utilidad sería al dueño
El escoplo tener bien afilado,
Y que pues el impulso de él nacía,
Suyo debía ser también el lauro.
Enojóse el escoplo gravemente,
Colérico también se puso el mazo,
Y cuando más fogosos disputaban,
Habiéndolos oído, llegó el amo,
Que cogiendo el escoplo con la izquierda,

Y luego el mazo en la derecha alzando,
Dijo: «Tu filo la madera dura
Traspasa, escoplo mío, no hay dudarlo,
Y tú la dirección que necesita,
Tú se la prestas, mi querido mazo;
Mas nada el uno sin el otro vale,
Y por eso á la vez uso de entrambos.»

La ley y su ejecución,
En un estado cualquiera,
Cual mazo y escoplo son;
Uno sin otro es quimera.

VI.

EL CULEBRON Y EL LOBO.

Un culebron un día
El cuello enhiesto alzaba,
Probando si podía
Marchar como en dos pies,
Y en vano lo intentaba;
Su cuerpo, acostumbrado
A andar siempre arrastrado,
Caía de traves.
Vió un taimado lobo,
Y dijo: «¡Bravo empeño
No sea, hermano, bobo,
Que se ha de lastimar;
«Si ya desde pequeño
Jamás quiso empinarse,
Locura es molestarse,
Que hoy no lo ha de lograr.»

Racionales culebrones,
Que arrastrais en la ignorancia,
¿Las antiguas opiniones
Abjurar os veré yo?
El descaro y petulancia
Con que hicisteis, siempre necios,
A la ciencia mil desprecios,
Respondiendo están que no.

VII.

EL LEON, EL CAMELLO Y EL TIGRE.

Un leon muy poderoso,
Debajo de cuyo imperio
Vivió por demas gustoso
De los de cuatro piés el vasto pueblo,
En su consejo de Estado
Concedió el lugar primero,
Sólo por ser su privado,
A un idiota colosal camello;
Y el mérito que tenía
Para ejercer tal empleo
Ninguno lo conocía,
Por más que el rey le honraba con exceso.
Fué el caso que una ocasion,
Deliberando en secreto
Sobre cierta expedición,
Que era preciso hacer en un desierto,
Se trataba seriamente
De buscar todos los medios
Para que la bruta gente
No careciese en él de agua y sustento;
Y despues que hubieron dado
Su parecer, malo ó bueno,
En punto tan delicado
Algunos del cuadrúpedo congreso,
Llegó el caso de que hablase
El favorito camello,
Que con tosca y ruda frase,
Sin preludeo, perfrasi ó rodeo,
Expuso su parecer,
Y era, «que, *nemine excepto*,
Cuanto hubiese menester
Llevase cada cual sobre sus huesos.»
Un tigre astuto y ladino
Replicóle en el momento:

«Si á lo rudo del camino,
Se añade el embarazo de tal peso,
» Se morirán de cansados
Sin llegar al fin propuesto,
Y entónces son excusados
La discusión, el arte y tu proyecto.»
—«Y ¿por qué ha de ser, gritó
El corcovado camello,
Cuando sin molestia yo
Cuarenta arrobas donde quiera llevo,
» Y aunque no llegue á encontrar
Ni un cenagoso arroyuelo,
Sin beber me sé pasar
Quince soles seguidos por lo ménos?»
A la solución precisa
De tan bestial argumento
Saltaron todos la risa,
Y áun al leon se le asomó á los bezos;
Mas el tigre, enfurecido,
Vomitó dos mil denuestos
Contra el bruto, que engreído
Juzgaba más que todos haber hecho;
Y al monarca guedejudo
Dijo, el semblante volviendo:
«Ya ves, señor, cuán agudo
Discurre tu apreciado consejero;
» Si al elegirle juzgaste
Por su volúmen su ingenio,
Muy mucho te equivocaste,
Porque un camello siempre es un camello.»

Cuántos hay que por desgracia
Ocupan muy altos puestos,
A los cuales aplicarse
Puede bien de esta fábula algun verso.

VIII.

LAS MONAS Y LA ABUBILLA.

Proyectaron las monas en Tetuan
Academia de música tener,
Y para dirigirla, con afán
Quisieron un buen músico poner.
Fijóse edicto á toque de clarín,
Llamando á todo pájaro cantor,
En que ofrecieron títulos sin fin
Al que fuese elegido por mejor.
Así que hubo un concurso sin igual
De pretendientes, muchos de aptitud,
Que todos presentaron *memorial*
Para empleo de tanta magnitud;
Entre ellos el ufano colorín,
El canario y el mirlo silbador,
El cardenal vestido de carmin,
La oropéndola y dulce ruiseñor.
Con verdad ó sin ella, cada cual
Sus méritos expuso en el papel;
Prodigio de la ciencia musical
Este en los sonos, en la voz aquél.
Mucho antes de llegar á decidir
Quién la academia había de ordenar,
Más de una mona se dejó decir
Que al ruiseñor trataban de nombrar;
Pero, llegado el día de elección,
La fétida abubilla electa fué,
Que formando en *cu-cu* su diapason,
Más apta era que todos, ya se ve.

¿Por qué, monas con habla, sin rubor
Los pobres pretendientes convocais,
Si en el puesto debido al ruiseñor
La abubilla cien veces colocais?

IX.

LA PANADERA Y EL HARNERO.

Cierta panadera,
Nueva en el oficio,
Compró diez costales,
Al parecer de un excelente trigo;

Mas revuelto estaba
Con avena y millo,
De modo que siempre
Sacaba un pan moreno y desabrido.
La pobre quería
Que fuese exquisito,
Para que acudiesen
A comprárselo todos los vecinos;
Y así diligente,
Fuese el tiempo frio,
Fuese caluroso,
Lo llevaba ella misma hasta el molino;
Y despues la harina
Con afán prolijo,
En el cernedero
La pasaba al traves de un lienzo fino.
Pero ni por esas;
El trigo era el mismo,
Y apenas hallaba
Quien quisiese comprarle un panecillo
Quejándose de esto
Haciendo el cernido,
Y al frágil cedazo
Decía que era suyo aquel delito;
Pero un viejo harnero,
Que, dado al olvido
Como trasto inútil,
Yacía en un rincón, así le dijo:
«Si ántes de molerlo
No cribas el trigo,
¿Qué ha de sucederte,
Cuando ni se halla puro ni está limpio;
» Este en otros tiempos
Era mi ejercicio;
Si en él me repones
Verás qué pan amasas tan florido.»

Bien hará cualquiera,
Que al que gobernare
Con la panadera
Llegue á comparar;
Y más si afirmare
Que sin un harnero
Su afán y su esmero
Se pueden frustrar.

X.

LOS RATONES Y EL GATO.

Perseguía en la casa de un ricote
Un marrullero gato
Al pueblo ratonil, que sin recato
Untaba en todas partes su bigote,
Y en todas partes lo roía todo.
Hizo el gato de modo,
Y con tanta destreza
Por fin llegó á tomarles los caminos,
Que apenas asomaba la cabeza
El infeliz ratón en su guarida,
Cuando ya entre los dientes asesinos
Pagaba la imprudencia con la vida.
Los ratones formaron su consejo
Para ver de tomar una medida
Con que tener á salvo su pellejo;
Y hubo quien propusiese
Que le debían de embestir á una,
Porque, además de que él estaba viejo,
Siempre al valiente ayuda la fortuna.
Pero como arriesgado pareciese
Lo de atacarle á rostro descubierto,
Esta proposición fué despreciada.
«Nada de fuerza, nada,
Dijo un ratón de hocico colmilludo,
A quien todos tenían por sesudo;
Yo he discurrido un medio portentoso,
Que es una friolera,
Y ha de darnos la vida y el reposo.
—¿Cuál es? ¿Cuál es?— Despacio; si viniera
No con tanto silencio ese maldito,
Pocos cayeran, cierto, en el garlito;
Pues bien, ¿hay más que atarle en una pata

Un grueso cascabel de bronce ó plata,
Cuyo són nos avise de que viene?
Así lugar sobrado
El más cobarde ratonzuelo tiene
Para esconderse descansadamente,
Dejándole burlado.»
El gato, casualmente
Estaba haciendo entonces centinela,
Detras del agujero agazapado;
Pudo escuchar la dicha bagatela,
Y dando un maüllido,
Y echando por la boca espuma y hiel:
«¡Quién, les gritó, ha de ser el atrevido,
Que me venga á poner el cascabel?»

Muchas veces sucede á una nacion
Que aquellos que la deben de guardar,
Si es algo peliaguda la cuestion,
En lo del cascabel vienen á dar.

XI.

EL HERRADOR Y EL POTRO.

«Yo te la plantaré, por vida mia»,
Cierta herrador con vanidad decia

XII.

LAS RANAS Y EL SAPO.

Érase una ancha laguna,
De verde lama cubierta,
Donde innumerables ranas
Pasaban la vida quietas.
Pero como las pasiones
A todo viviente alteran,
Con su gobierno empezaron
A mostrarse descontentas.
Hoy quitan uno, mañana
Ponen otro en forma nueva,
De éste pronto se fastidian
Y ya el antiguo desean.
De modo que al fin se vieron
En peligrosas contiendas,
Defendiendo unas lo mismo
Que muchas otras detestan;
Y tratando de encontrar
Un medio, en cualquier manera
Para remediar sus males,
Que muchos y graves eran,
Se convinieron por fin
En nombrar por su cabeza
A un sapo, que en sus orillas
Gran reputacion tuviera.
Coronáronle en efecto
Con la régia diadema,
Y, sin saber lo que hacian,
Le juraron obediencia.
Mas el taimado, en el trono

Miróse sentado apenas,
Cuando empezó á hacer *sapadas*,
Y con no vista soberbia
Contribuciones exige,
Veneraciones ordena,
Y hace dar al punto muerte
A la pobre que se queja.
Las ranas su error conocen,
Pero ya se hallan sin fuerzas,
Y sufren tristes el yugo
Que ellas se labraron necias.

Si en las naciones del mundo
Tal vez alguna se encuentra
A quien la fábula punce,
Mal hará si no se enmienda.

XIII.

LA GOLONDRINA Y EL JILGUERO.

Tenia su nido
Cierta golondrina
En un pobre establo,
Detras de una viga;
Casa muy segura,
Mas de poca vista.
Cierta jilguerillo,
Cantor de por vida,
En frente al establo,
Sobre una alta encina,
En medio la copa

Colgó su guarida,
Y de allí zumbaba
Siempre á su vecina
Cada vez que alegre
A los campos iba.

«Magnífica casa
Tiene usted, decia,
De buen ver, por cierto,
De fachada linda.

¿Tiene buenas luces?
Diga usted, amiga;
Deben ser sin duda
Mejor que las mias»;
Y tras esto luégo
Soltaba la risa.

Mas duróle poco
Tal bufoneria,
Porque siendo al dueño
Sus ramas precisas,
Con hierro cortante
Desmochó la encina,

Y el triste jilguero
Se halló sin guarida,
Mientras que gozosa
Vió la golondrina
Intacto su nido
Tras la negra viga.

El que por ocupar un alto puesto
A la seguridad prefiere el fausto,
Siempre á graves caídas se halla ex-
[puesto.

XIV.

LA ARAÑA Y EL MOSCON.

Tendió la araña, diestra tejedora,
Su fuerte red un dia,
Y al gusano y la mosca voladora
A cientos los prendia;
Mas dió un moscon en ella, que atrevido,
Sin cuidar de sus lazos,
Atravesó por medio del tejido,
Y la hizo mil pedazos.

Las leyes suelen ser tela de araña,
Que rompe cuando quiere el poderoso,
Mientras sufren los débiles su saña.

XV.

LA PIEDRA DE AMOLAR Y EL CUCHILLO.

Al lector.

Un cuchillo muy viejo y muy roñoso
Con una piedra de amolar reñia,
Porque aun cuando ella más se revolvia,
No por eso él estaba más lustroso;
«Si no me das un filo portentoso,
Poca destreza tienes», la decia;
Y la piedra taimada respondia:
«¿En dónde está el acero generoso?
— Se gastó. — Pues no quieras neciamente
Echarme á mí la culpa que no tengo,
Cuando es tuya la falta solamente.»

¿Lo entendiste, lector? Pues te prevengo....
Mas te veo reir malignamente;
Adios, y sabe que ni voy ni vengo,

DON JOSÉ MARÍA BLANCO Y CRESPO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y CRÍTICAS.

DE DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

(Apunte autógrafo, de la coleccion del señor Sancho Rayon.)

Nació en Sevilla el 11 de Julio del año 1775, de padres excesivamente devotos, especialmente el padre, don Guillermo White, irlandés de origen, y vice-consul inglés en aquella ciudad. De los cuatro hermanos que fueron, dos varones y dos hembras, éstas dos se encerraron en claustros de monjas. Sólo el hermano menor, don Fernando, siguió la carrera militar, y luégo se casó y estableció en el comercio de Sevilla.

La educacion del don José María fué esmerada, añadiendo en ella al conocimiento que desde su infancia tomó de la lengua inglesa dentro de su misma casa, el de la francesa, italiana, latina y rudimentos de la griega. Cursó en la Universidad la teología, dedicándose al propio tiempo á estudios de buen gusto, de lo que dió muy buenas pruebas en la Academia de Humanidades, establecida particularmente, y á solas expensas de aficionados. Se ejercitó tambien en la música, y sobresalió tocando el violin.

Aunque destinado á la carrera eclesiástica, más por dar gusto á sus padres que por inclinacion propia, fluctuó don José María entre amores profanos, si bien castos, con una señorita de Sanlúcar de Barrameda, y el amor divino. La consideracion hácia sus padres, los consejos de algunos amigos, la distraccion proporcionada por otro, unos ejercicios de San Ignacio de Loyola bajo la direccion del célebre padre don Teodomiro Diaz de la Vega (novicio jesuita al tiempo de la expulsion), prepósito de San Felipe Neri de Sevilla, hubieron de herir la viva imaginacion de don José María, y decidieron tal vez su suerte en la eleccion de un estado, que acaso le hizo infeliz para siempre por no ser el de su vocacion verdadera.

Ordenado ya *in sacris* don José María, entró el año 1798 ó 99 en el colegio llamado Mayor de Maese Rodriguez de Sevilla. En 1801 hizo oposicion á la canonjia magistral de Cádiz, y de allí á poco obtuvo tambien por oposicion la de la Real Capilla de San Fernando en Sevilla.

No sé precisamente el año en que pasó á Madrid, ni el en que regresó á Sevilla. De sus ocupaciones en la Corte quedan indicios por lo que escribió Capmany de la tertulia de Quintana, de quien Blanco era muy amigo. Paréceme, sin afirmarlo, que el objeto ostensible de su ida fué enterarse del sistema de Pestalozzi y de los ejercicios gimnásticos de Amorós.

La llegada de la Junta Central á Sevilla cogió ya á Blanco allí. Compuso una oda en celebracion de este suceso, y fué nombrado capellan de ella para decir la misa. Con Alvarez Guerra (don Juan), Lista y don Juan Nicasio Gallego, redactó el *Semanario Patriótico* mientras se publicó en Sevilla.

La invasion de los franceses en Andalucía trajo á Blanco á Cádiz en fines de Enero de 1810 huyendo de los invasores, ántes que entrasen en Sevilla, de donde salió con el Embajador de Portugal el dia 24 del referido mes; dia, ó mejor dicho noche, en que salió tambien la Junta Central.

Falto don José María de medios de subsistencia en Cádiz, y confiando en su talento, en las relaciones de su familia en Inglaterra, en lo bien que poseia la lengua de aquel país, en la cual llegó despues á escribir varios opúsculos correctos y elegantes, muy en breve se embarcó para Londres. Pudo tambien influir en esta resolucion algun otro motivo que más adelante diré.

Apénas llegado á Inglaterra, salió á la defensa del Duque de Alburquerque, que tuvo cuestiones con la Junta de Gobierno de Cádiz sobre provisiones para su ejército, y á la muerte del Duque compuso una bella elegia.